



Aquellas «curiosidades de Yndias»

Adrián Contreras-Guerrero
UNIVERSIDAD DE GRANADA

A pesar de las dificultades que entrañaba el tráfico de mercancías entre América y España, fueron muchos y muy variados los objetos que cruzaron el Atlántico durante la época virreinal. Y para muestra, un botón. En 1590 el depuesto virrey don Álvaro Manrique de Zúñiga intentaba volver a España con un insólito cargamento de cuarenta cajones cargados de piedras «jaspeadas», entre las que había doce columnas, cuarenta y tres basas y capiteles y seis aras de altar, todo labrado, pulido y envuelto cuidadosamente en mantas para evitar su rotura¹. Tal envío, que sin duda debía ser muy complejo, solo puede explicarse basándose en el material constitutivo de las piezas, probablemente el tecali extraído en los alrededores de Puebla.

Frente a este caso verdaderamente singular de exportación a gran escala, encontramos hartas noticias que nos hablan del envío de plata labrada y joyas, algo que sin duda fue mucho más habitual. En este sentido, uno de los cargamentos más deslumbrantes fue el traído por el marqués de Cerralbo (1635), consistente en un ajuar de plata labrada que se tasó en más de 32 000 ducados, una suma verdaderamente fabulosa para la época². Ahora bien, son muy pocas las piezas de platería doméstica que han sobrevivido, siendo las más interesantes las que proceden de galeones naufragados como el *Nuestra Señora de Atocha* (1622), el *Santa Margarita* (1622) o el *Nuestra Señora de la Concepción* (1641). Estas obras, preservadas en el fondo del mar hasta su recuperación en tiempos recientes, nos han permitido conocer de primera mano la gran variedad tipológica de la platería americana: tinteros, jarros de pico, cantimploras, fuentes, saleros, cubiertos, salvillas, bernegales, vinajeras, candeleros e incluso despabiladeras, palillos y escarbaorejas³. Pero aun cuando contamos solo con descripciones sobre el papel, estas pueden llegar a ser muy precisas en el caso de la platería. Por ejemplo, en la flota del año 1624 el gobernador Mateo de Vega mandaba a España una original salvilla «a modo de galera en la popa un cuerpo y debajo del otros dos cuerpos y debajo unas cabezas, en el cuerpo 7 ranas y en medio una piedra bezar engastada en oro y esmaltes azul y blanco y un tornillo dentro para llevar el barco y va esmaltada de rojo y blanco»⁴.

Este grado de detalle es mucho menos habitual en otras manufacturas americanas que también llegaban a través de la Carrera de Indias y, de hecho, es frecuente encontrar referencias a

Fig. 31
Antonio de Pereda,
*Naturaleza
muerta con cofre
de ébano*, 1652
(detalle de fig. 38)

multitud de cajones que cruzaron el Atlántico repletos de «curiosidades de Yndias», así, sin especificar el pormenor de las mismas. Por lo general esta fórmula abreviada fue usada por los funcionarios de la corona para referirse a manufacturas exóticas que les causaban cierta admiración. Veamos qué tipo de objetos componían estos envíos.

La casa del indiano, lugar de maravilla

La literatura del Siglo de Oro se ha encargado de subrayar el aura de exotismo y opulencia que envolvía a la figura del indiano. Las casas de estos personajes retornados, así como las de sus familias, se caracterizaron por estar repletas de un sinfín de maravillas que daban buena cuenta del nuevo estatus social adquirido. Entre estos objetos destacaron los muebles de exóticas tipologías, como hamacas y biombos, y aquellos realizados en materiales preciosos.

Precisamente la hamaca fue uno de los objetos indígenas que causó mayor admiración en la Península. Sebastián de Covarrubias, autor del primer diccionario de la lengua castellana, la definió como una «cama de indios» a modo de «gran manta de algodón o de tela de eruage, con vnos gruesos cordeles de las quatro esquinas: los quales se atan a dos arboles [...] y duermen en ellas en el campo, o donde les parece. Con esto estan seguros de las malas sauandijas, y frescos»⁵. Pues bien, en el inventario redactado por fin y muerte del III duque de Medina Sidonia, fechado en el temprano año de 1507, ya aparece una «hamaca de las Indias»⁶. Aunque al principio debió verse como una curiosidad más con la que nutrir los gabinetes de maravillas del momento, lo cierto es que las hamacas van a pervivir en los inventarios incluso hasta el siglo XVIII. Es más, las elevadas tasaciones que alcanzaron algunos de estos ejemplares parecen indicar que se confeccionaron en materiales nobles con el propósito de ser usadas, siendo especialmente populares en el ámbito andaluz. En 1637 el III duque de Alcalá llevaba una de camino a su embajada en Alemania y, durante el mismo siglo, se han localizado varias hamacas más en Sevilla: una perteneciente a un rico mercader, que era «de junco de Panamá»; otra en poder de un caballero veinticuatro fallecido en 1630, que la tenía en su propiedad rural de Tomares; y otra entre los bienes de un presbítero fallecido en 1650 cuyo patrimonio era más bien modesto⁷. En Canarias el arcediano Pedro de Escobar Pereira tenía dos hamacas de redecilla de Campeche (1673)⁸, y entre los bienes dejados por María Luisa de Toledo (1707) aparece una hamaca valorada en cien reales de vellón⁹. Todos estos datos dan buena cuenta de la difusión de este objeto en España.

Más conocido es el devenir del biombo. El término procede del japonés *byō bu* (protección contra el viento) y fue otro de los muebles orientales que se reinventaron en Nueva España —fundamentalmente a partir de 1630—, llegando a adquirir una identidad propia. Dado que los encargos de estos muebles partieron habitualmente de los potentados españoles, muchos de ellos acabaron cruzando el Atlántico en dirección a la metrópolis¹⁰. El más temprano de todos ellos es el de la Colección Rivero Lake, encargado entre 1635 y 1640 por el marqués de Cadereyta. El motivo central del mismo es el paseo del marqués por la Plaza Mayor de la Ciudad de México. La llegada a Madrid del biombo se constata en un inventario de 1644, donde aparece citado como «un biombo de dos varas y media de alto con ocho tablas que está pintado en el la plaza de México y algunas figuras»¹¹. El paseo en carruaje de su sucesor al frente del virreinato, el duque de Escalona, también está representado en otro biombo llegado a España, el del *Palacio de los Virreyes*

de México (h. 1640)¹². Este último fue comprado en 1944 al barón de Sabasona para nutrir al recién fundado Museo de América. Un tercer ejemplar, que se mantiene dentro del género costumbrista, es el *Biombo del Palo Volador*, adquirido también para la institución madrileña en 1945 cuando se hallaba en poder del Hospital de la Caridad de Sevilla¹³.

Un cambio de tendencia se aprecia ya en la década de 1670 cuando el arzobispo- virrey fray Payo Enríquez de Ribera encargó un biombo con destino a su residencia familiar en Sevilla, la Casa de Pilatos. Los temas representados por Juan Correa (h. 1646-1716) fueron las artes liberales y los cuatro elementos, algo que habría que relacionar con las reivindicaciones sociales de los pintores coetáneos. Fue vendido por los descendientes del prelado al coleccionista Franz Mayer, en cuyo museo se conserva actualmente¹⁴. También de carácter alegórico es el biombo que perteneció a los condes de Guenduláin, hoy en el Museo de Navarra. En su frente muestra cuatro carros triunfales sobre los que van África, Europa, Asia y América, y, en los extremos, figuraciones de Ceres y Flora¹⁵.

Finalmente existe un grupo de biombos que muestran escenas de la conquista de México y vistas contemporáneas de la misma ciudad, caso del que perteneció a los duques de Almodóvar del Valle, llegado de forma tardía durante el siglo XIX¹⁶ [cat. 33].

A nivel archivístico se ha constatado multitud de biombos cuyo verdadero origen, oriental o novohispano, no se especifica. No obstante, en algunas ocasiones hay ciertos indicios que pueden ayudar a discernir un posible origen, tales como el asunto representado o la técnica empleada. Por ejemplo, en el inventario de bienes de Agustín de Daza (1678) aparece «Un biombo de las Indias pintado de diferentes figuras y otras cosas estofado de oro con ocho ojas y por una parte de blanco y negro»¹⁷. Este último dato sobre la policromía nos permite suponer que era novohispano, ya que en esta época el color blanco era imposible de conseguir con la técnica del *urushi* asiático¹⁸. Por fortuna, otros registros son mucho más clarificadores e indican el origen de la pieza, como el «biombo de la Nueva España» que en 1684 pertenecía a Santiago de Crucelaegui, de oficio comprador de oro y plata¹⁹.

Durante la siguiente centuria, aún se mantuvo vigente el gusto por los biombos mexicanos, sobre todo entre los personajes ligados a los virreinos. En 1734 Juana de la Cerda y Aragón, duquesa de Albuquerque, poseía en Madrid dos biombos de charol «para estrado de seis ojas de cinco cuartas de alto dorado y matizado de colores con sus cantoneras de Bronce»²⁰. Por su parte, Luis Antonio Sánchez de Tagle, también vecino de la capital, poseía dos biombos «dorados con pintura fina» entre otros objetos novohispanos (1759)²¹.

Pero más allá de estas novedades tipológicas, los muebles que más llegaron desde América coinciden con las dos tipologías más habituales en los ajuares domésticos españoles: los escritorios (bargueños, papeleras, contadores...) y los contenedores (baúles, arcas, cajas...), aunque eventualmente también se recibieron otros elementos mobiliarios. Destacan entre ellos las «sillas de Yndias labradas y guarnecidas de cuero grifo» que poseía el inquisidor Guasco²², y, sobre todo, la «mesa de las Yndias de Castilla pintada de verde e amarillo y colorado con dos platos a los lados con dos cuchillos e frutas e dos estancos con pescados» propiedad de los duques de Medina Sidonia en 1568²³. Este interesantísimo ejemplar nos habla del gusto manierista por los trampantojos pintados.

Tres eran las bondades que los españoles apreciaban en la carpintería americana: la dureza de sus maderas, el olor agradable que desprendían o la laboriosidad con la que estaban trabajadas. En lo relativo al primer punto, destaca el empleo de materiales como el calambuco, una especie de madera tropical que, además de ser dura, también era apreciada por su resina. La reina

Margarita de Austria, por ejemplo, poseía un cofrecillo de calambuco²⁴. Pero sin duda las maderas más difundidas fueron la caoba y el ébano, pues presentaban una gran resistencia a los ataques de los xilófagos. Tanto es así que en ocasiones estas maderas llegaban en bruto con el fin de ser transformadas en los obradores españoles. Eso ocurrió en 1625, cuando el maestre de la nao *Nuestra Señora del Juncal* mandaba cuarenta quintales de ébano para su comercialización²⁵, o en 1739, cuando llegaba a Cádiz un lote de treinta tablas de caoba para las obras de la iglesia de San Juan de Dios de Granada²⁶. En otras ocasiones los muebles se hacían directamente en América, como ocurrió con el capitán Marcos de Torres, a cuyo pedido se fabricaron entre 1760 y 1761 un estante con cerradura para las imágenes de su oratorio, dos mesitas con un cajón y tiradores de bronce, dos sillitas de brazos con asiento de damasco encarnado para el estrado, dos mesitas triangulares y dos pies para candeleros²⁷. El hecho de que fuera copropietario de varios navíos comerciales que cubrían el trayecto hasta La Habana explica bien este capricho. Por esta época Cuba se había convertido en el principal proveedor de muebles de caoba y ébano, y el archipiélago canario en uno de sus principales clientes. Entre las obras que nos trajo este rentable comercio destacamos la cómoda conservada en la sacristía de la catedral de La Laguna, buen ejemplo de esta tipología

Fig. 32
Cómoda, Cuba,
h. 1780. Madera
tallada y ensamblada.
La Laguna, Santa
Iglesia Catedral
de San Cristóbal



de mueble dieciochesco, pesado y de perfiles sinuosos, que solía completarse con mesas de tablero circular a juego [fig. 32]. Sigue un modelo muy tipificado también presente en otras colecciones, como las del Museum of Fine Arts de Boston²⁸ o el Museo de Arte Colonial de Caracas.

En relación con el aprecio de las maderas odoríferas, bien vale como botón de muestra la exorbitada cantidad de cajitas torneadas y molinillos de chocolate hechos en madera de «Tezcuco» que poseían los marqueses de Melgar en 1682. Dado el crecido número de estos objetos —250 cajitas y nada menos que 500 molinillos— es posible que se usaran para hacer regalos a parientes y deudos, y, de hecho, eso parecen indicar los posteriores inventarios de la familia, en los que el número de ellos va menguando según pasaba el tiempo. En la ciudad de Texcoco se explotaba un género de ciprés de resina muy olorosa llamado sabino que en época prehispánica se había empleado para fabricar *teponaztles* o tambores de palo²⁹.

Ahora bien, los muebles más conocidos por los españoles de aquellos años fueron los «campechanos», manufacturas que empleaban chapeados de maderas exóticas, como el ébano, combinadas con incrustaciones de carey, nácar o hueso, que luego se enriquecían con apliques de plata. Solían ser piezas de tamaño reducido y fueron importadas desde finales del siglo xvi hasta la segunda mitad del xviii, momento en que los cambios de gusto impusieron el mobiliario a la inglesa. En el año de 1700, en Sevilla, Soto Nogueras poseía un baulito de Campeche y dos cofrecillos de carey guarnecidos de plata, mientras que Gaspar de Llanos Valdés tenía una urna de cedro y una papelerera campechana embutida de carey, marfil y palosanto³⁰. Más representativo por su conexión con Indias es el caso de Cayetano de Espinosa Torres, navegante que transitó en varias ocasiones el camino hasta Campeche. En su domicilio poseía un escritorio y varias sillitas de palo de Campeche³¹.

Otros muebles novohispanos que también cruzaron el Atlántico para engalanar los palacios españoles fueron los fabricados en la Villa Alta de San Ildefonso (Oaxaca). Surgidos como una especie de réplica a las llamadas «cajas de Alemania»³², su atractivo era doble, pues estaban hechos con maderas agradables a los sentidos —olorosas y veteadas— y presentaban una erudita decoración dirigida a una clase social cultivada. Estos muebles estaban revestidos con láminas de maderas finas dispuestas en contrastes de color, por ejemplo, combinando el lináloe o el limoncillo, de tonalidades amarillentas, con el granadillo o tampicirán, de color rojizo. Sobre la superficie, con líneas incisas, se marcaban los motivos decorativos que luego se rellenaban con «zumaque» o «zulaque», una pasta bituminosa de cal calcinada y tinte vegetal negro. Dichos motivos se tomaban de grabados flamencos, alemanes o italianos, y tenían un eminente carácter profano. Normalmente eran personajes procedentes de la mitología clásica que actuaban como alegorías de las virtudes, las cuatro partes del mundo, los cuatro elementos, etc.

Pertenecen a este género de muebles zumacados varias piezas españolas, entre las que podemos citar la papelerera del Museo Nacional de Artes Decorativas, que presenta alegorías del vicio y de la virtud a través del mito de Perseo y Andrómeda³³; una pareja de baúles con zancos decorados con escenas galantes de colección particular³⁴; o las dos piezas que se muestran en esta exposición: el escritorio del Museo Arqueológico Nacional y el baúl de colección particular [cat. 71 y 102]. Este último cuenta con el aliciente de que su datación es bastante precisa, ya que perteneció a los marqueses de Mancera, don Antonio Sebastián de Toledo y doña Leonor de Carreto, quienes fungieron como virreyes de Nueva España entre 1664 y 1673. Con posterioridad fue heredado por su hija y su yerno, constando que el matrimonio poseía un total de 52 muebles de Villa Alta. Ante estos datos queda claro el aprecio que la familia sentía por estas manufacturas³⁵.

Para completar el tema de las maderas americanas, cabe mencionar varios objetos traídos por el virrey don Martín de Mayorga en su tornaviaje a España (1783). Entre ellos destaca por su material y por su alto valor simbólico «una caxa de madera fina gateada con el escudo de armas del venerable señor don Juan Palafox», probable reliquia de aquel famoso personaje del que también guardaba un papel con su firma³⁶. La madera de gateado era apreciada por su color rojizo y sus vetas negras y sinuosas, lo que hacía que don Martín también llevara entre su equipaje «seis trozos de gateada» para la confección de piezas en España. Un último apunte que llama la atención es el relativo a «un baulito de bejuco con cajas y palilleros» de lo mismo. «Bejuco» es el nombre que recibían los tallos leñosos y flexibles de varias plantas trepadoras del trópico que se empleaban sobre todo en el trabajo de cestería.

Otros materiales empleados en el mobiliario virreinal fueron el tecali y el carey. Así, en el palacio madrileño de los ya citados marqueses de Melgar había «dos Bufetes de Piedra de Yndias de tecale»³⁷, cuyos pies eran de estilo salomónico. Junto a estos muebles consta también un ajuar de diecinueve salvillas, veinticuatro jícaras, ocho cucharas y una escudilla del mismo material³⁸, todo lo cual se justifica porque la marquesa era hija de un virrey novohispano³⁹. Los trabajos de carey, por su parte, son abundantísimos. El mayor número de estos productos —arquetas, cruces, atriles, salvillas, tinteros, tabaqueras— fue creado en la región caribeña, aunque también existieron otros centros productores en diversas ciudades de Perú o Nueva Granada. Se ha documentado el tráfico a gran escala de estas mercancías para su comercialización en territorio español, caso de Manuel Joan y su hermano, que en 1631 tenían almacenada una gran cantidad de obras de carey justipreciadas en 700 pesos de a ocho⁴⁰. Lo normal, no obstante, es encontrar pequeñas partidas de objetos que son enviados por los indios para favorecer a sus familias o parroquias. En la flota de 1622 el virrey don Diego Carrillo de Mendoza y Pimentel mandaba a su esposa cuatro cofrecillos de concha de tortuga, el más grande valorado en doscientos reales⁴¹. Del mismo modo, Manuela Yrureun recibía en Madrid de parte de su padre, residente en México, «un Baulito embutido de carey euano y marfil de vna tercia de largo Guarnecido de plata»⁴².

En lo relativo al patrocinio religioso, es significativo el caso de las capuchinas de Toledo que, saliendo a fundar el primer convento de su religión en Nueva España, pronto se afanaron en mandar a la casa madre una alhaja que diera cuenta de su cariño. Nada más arribar a Veracruz, y aun antes de llegar al sitio de su aposento en la capital novohispana, estas monjas convencieron a la esposa del gobernador, Ana Francisca de Zúñiga y Córdoba, para que les financiara la hechura de una urna de carey para el depósito del Jueves Santo. En una carta conservada en Toledo la citada dama afirmaba que «no lleva guarniciones porque me dijeron [que querían] solo lo forzoso, como era la llave y goznes, [que] había de ser de plata»⁴³. La pobreza capuchina debió ser el motivo de esta eventual austeridad.

Otros muchos templos recibieron arcas similares, cuyas forma y decoración se mantuvieron más o menos estables durante dos siglos⁴⁴. Entre ellas subrayamos, por estar documentadas, la de Santoyo (Palencia), realizada hacia 1623 y enviada por Alonso Pérez de Quintana, a la sazón tesorero, juez y regidor perpetuo de la Ciudad de México⁴⁵, y la de Medina de Rioseco (Valladolid), ya del siglo XVIII, donada por Manuel Milán. Más interesante aún, por su inscripción aclaratoria, es la arqueta de propiedad particular que dio a conocer María Jesús Sanz Serrano, donde se lee: «En el año de [17]36 me hizo Clemente Pérez de Zúñiga» [fig. 33]. El dato es interesantísimo porque, más allá de ser la única pieza de este tipo con paternidad asegurada, sitúa su lugar de fabricación en Guatemala, donde seis años antes también era firmada otra pieza por Blas Antonio

Fig. 33
Clemente Pérez de
Zúñiga (Guatemala),
arqueta, 1736. Carey
con sobrepuestos
de plata. Sevilla,
colección particular



Pérez de Zúñiga. El cruce de estos datos nos invita a pensar en la existencia de un taller familiar especializado en productos de carey⁴⁶.

Como tipologías alternativas a la del arca, podemos reseñar el joyero de uso profano que acabó en la Basílica de la Virgen de la Encina de Ponferrada (anterior a 1763), el «jicarero» —mueble para guardar jícaras— que se ha localizado en Canarias en poder del maestro de campo Pedro de Sotomayor Topete (1655)⁴⁷ o las cajas para afeites de la colección de Francisco Marcos⁴⁸. Una tipología de caja que tiene entidad propia es la de tipo octogonal, que sirvió como tocador, joyero y costurero. Estas cajas con frecuencia presentan motivos decorativos realizados con incrustaciones de madreperla, una clara influencia asiática, como la del Museo de América⁴⁹ o la que pertenece a la familia Cólogan en Canarias⁵⁰. En otras ocasiones, llegan a alcanzar enormes dimensiones, como el tocador de estrado del Museo Nacional de Artes Decorativas, que mide más de medio metro de anchura y otro tanto de profundidad⁵¹. Semejante a esta obra debió ser el tocador de carey y plata con espejo interior que en 1624 se encontraba en la casa de Marcos de Torres. No hay que olvidar que su oficio era el de naviero, por lo que seguramente lo habría traído él mismo en alguno de sus viajes a Nueva España. Consta que pagó por él doscientos reales⁵².

Ahora bien, conviene recordar que no todas las cajas de carey, por el hecho de serlo, tuvieron un origen transatlántico, ya que también se imitaron de forma local. Valga como ejemplo el caso de Roque Pérez de Guzmán, quien, asentado en Sevilla y usando materias primas llegadas de Ultramar, manufacturaba contadores «de concha de carey y ebano y marfil con muchos bronce dorados de mucha obra»⁵³. Incluso en la misma ciudad, Juan Carvallo se autoproclamaba «maestro de hacer cajas de carey», lo que nos da buena cuenta del grado de especialización al que llegaron algunos de estos talleres⁵⁴.

Prestigio y singularidad de las lacas virreinales

El gusto por los objetos lacados se convirtió casi en una obsesión en la España de los siglos xvii y xviii. A los lujosos productos orientales que llegaron desde Asia se sumaron las imitaciones de charol europeas y, a partir del descubrimiento de América, las lacas de tradición indígena, fundamentalmente el maque novohispano y el barniz de Pasto. Vaya por delante que las lacas americanas solo coinciden con las asiáticas en apariencia —a veces también en la introducción de *chinoiserie*—, pero la técnica es claramente diferente.

Las noticias sobre la elaboración de maque en México se remontan a la crónica de Bernardino de Sahagún, quien describió en la década de 1540 la venta de jícaras maqueadas en el gran mercado azteca de Tlatelolco. Durante el período virreinal la producción de maque se desarrolló en los Estados de Michoacán (Pátzcuaro, Uruapan, Peribán y Quiroga), Guerrero (Olinalá), Chiapas (Chiapa de Corzo), Campeche y Puebla, cada uno con sus particularidades técnicas y decorativas. Para resumir, podemos decir que los componentes básicos que se usaban eran cuatro: el aceite extraído de un insecto hemíptero denominado *axe*, la grasa vegetal procedente de plantas como la chía o el chicalote —sustituida con frecuencia por aceite de linaza—, una mezcla de tierra de origen mineral y, finalmente, los pigmentos naturales necesarios para la representación elegida⁵⁵.

En España se conservan varios ejemplos de laca de Olinalá, cuya técnica se diferencia por el procedimiento del rayado, es decir, diferentes capas pictóricas que se van superponiendo unas sobre otras creando un leve relieve que luego se excava en la zona del fondo para hacer aflorar los colores subyacentes. De este tipo son la arqueta convertida en relicario del Museo Nacional de Artes Decorativas⁵⁶ y otra de colección particular en La Orotava⁵⁷. Caso diferente es la laca de Campeche, muy abundante sobre el papel, pero de la que aún no se ha identificado ninguna pieza. En Sevilla encontramos una escribanía de Campeche vieja en 1600, tres cofres y un escritorio en 1660 y «dos baules campechanos pintados» y «una papelera de Campeche» en 1684⁵⁸.

Las lacas más conocidas en España fueron las de Michoacán, que empleaban la técnica del embutido. Entre las piezas más tempranas conservadas podemos citar las dos arcas de las Descalzas Reales de Madrid, datadas a principios del Seiscientos y vinculadas con el denominado «Taller de influencia manierista» establecido en Peribán⁵⁹ [fig. 34]. La siguiente noticia, no muy lejana en el tiempo, nos confirma este aprecio de las élites peninsulares por las lacas. En la flota de 1622, el marqués de Gelves, virrey de Nueva España entre 1621 y 1624, mandaba a su esposa doce cajas de chocolate, cuatro jícaras de Michoacán y seis «ollitas verdes de chocolate»⁶⁰, objetos que también nos hablan de los usos y costumbres propios del virreinato.

Un comentario especial merecen las famosas bateas novohispanas, obras que cada vez están más cotizadas en el mercado del arte actual. Durante el virreinato estos objetos ya fueron celebradísimos, tal y como refiere fray Matías de Escobar⁶¹, aunque la mejor prueba de su aceptación es la gran cantidad de ellos que se recogen en los inventarios. Una batea era un tipo de plato de madera labrado en una única pieza que tenía muy poca profundidad y se decoraba generosamente con motivos de carácter profano. El gran tamaño que llegaron a tener, superando en ocasiones el metro de diámetro, da buena cuenta de su fin primordial, que no es otro que el de la exhibición.

Durante el siglo xviii sobresalieron los talleres de Pátzcuaro, que incorporaron motivos orientales y numerosos episodios tomados de *Las metamorfosis* de Ovidio⁶². De este tipo de bateas se conservan en el Museo de América no menos de diez ejemplos, incluyendo una de las escasas

Fig. 34
Taller de influencia
manierista (Nueva
España), arqueta
relicario, principios
del siglo XVII.
Madera policromada
y hierro forjado,
49 x 69 x 37 cm.
Colecciones Reales.
Patrimonio Nacional,
inv. 00612072.
Madrid, Monasterio
de las Descalzas
Reales



piezas firmadas por José Manuel de la Cerda⁶³ y otras salidas de los denominados talleres «de los temas mitológicos» y «de las cuatro flores». Los ricos fondos del museo cuentan además con seis bateas de Uruapan, dos de Peribán y una de Olinalá⁶⁴. La siguiente colección en importancia debió ser la del convento de las capuchinas de Toledo, pues sabemos que a finales del siglo pasado poseía nada menos que diez ejemplares. No obstante, el paradero actual de estas piezas se desconoce⁶⁵. En Canarias también se ha localizado una buena cantidad de bateas, casi todas procedentes de Campeche. Entre ellas merece la pena destacar una que estaba en poder de un capitán de navío, pues especifica que estaba hecha de cedro y servía «para lavar» (1707), y tres que se cargaron en Cuba a bordo de *El Jasón* para ser entregadas a José Víctor Domínguez (1776). Sobre la trasposición de los usos domésticos dentro de los muros conventuales también resulta ilustrativo que dos monjas clarisas tuvieran en su celda una cierta variedad de lacas campechanas, en concreto dos bateas, una papelera y tres jícaras engastadas (1695)⁶⁶.

Mas no todo fueron lacas novohispanas. Los obradores de Pasto, al sur de la actual Colombia, también destacaron por mérito propio en la ejecución de suntuosos muebles plenos de color. Designamos la técnica en cuestión como «barniz de Pasto» por su origen geográfico, aunque en realidad resulte una denominación bastante imprecisa, ya que esta técnica no estaba trabajada a pincel y tampoco era exclusiva de Pasto —también se empleó en lugares más distantes como Quito—. La resina del mopa-mopa, un árbol del piedemonte amazónico, era masticada y calentada en agua para poder estirla y conseguir delgadas membranas con las que se forraba la pieza. Los motivos decorativos se recortaban en estas películas de color y se iban superponiendo unas a otras, a veces intercalando una laminilla de oro o plata para conseguir un brillo mayor⁶⁷.

Sobre la presencia en España de estos productos, apenas hay pistas en la documentación. Es probable que su existencia esté sepultada entre las genéricas denominaciones de muebles «pintados de Indias» y otras similares. Pero hay que tener en cuenta que cronistas como Juan de Velasco aseguraron que los muebles pastusos eran exportados «a varios Reinos americanos, y se estiman aun en Europa por lo vistoso de las obras»⁶⁸. Más concreto es el testimonio de fray Juan de Santa Gertrudis, misionero franciscano que anduvo por la zona de Pasto y encargó varios



Fig. 35
Escritorio portátil,
Pasto (Colombia),
h. 1684. Madera con
barniz de Pasto,
19 x 36 x 30,5 cm.
Nueva York, The
Hispanic Society
of America, LS2000

útiles en sus talleres para traerlos en el tornaviaje. Solo uno llegó. El resto se quedó por el camino a consecuencia del aprecio que despertaron esas piezas: «unas repartí y otras me las hurtaron, y solo me ha quedado mi cajeta que también mandé embarnizar»⁶⁹.

Respecto a lo conservado, existen varios baúles y escritorios de barniz de Pasto en manos privadas, todos sin que se puedan establecer sus condiciones de llegada⁷⁰. Así, el único mueble documentado fue a parar hace unos años a la colección de la Hispanic Society de Nueva York [fig. 35]. Mitchell Coddington propuso la teoría más acertada sobre su origen, según la cual este magnífico escritorio portátil habría sido un presente del obispo de Popayán, Cristóbal Bernaldo de Quirós, para su hermano Gabriel Bernaldo, a propósito del nombramiento de este último como primer marqués de Monreal (1683). La síntesis de influencias españolas, asiáticas y americanas de los muebles pastusos queda bien representada en el interior de la tapa, donde observamos un escudo nobiliario español junto a un canasto de frutas tropicales, loros y claveles⁷¹.

El nuevo menaje doméstico

La confluencia de las culturas española e indígena produciría otro de sus sincretismos más interesantes en el campo del menaje doméstico. Nos referimos a objetos tan curiosos como las «Dos manzelines de concha nacar con sus pies y tazitas doradas» o las dos tabaqueras de nácar —junto a otra de carey— que se encontraron en el inventario de un virrey novohispano⁷². Estos objetos enconchados ratifican la fascinación que la sociedad española sentía por el brillo de la madreperla y las incrustaciones.

Dos son las líneas que vamos a explorar en este sentido: la confección de recipientes con semillas que siguen una tradición prehispánica y la elaboración de cerámicas de corte europeo que emplearon barros locales. Las primeras manufacturas nombradas usan como elemento principal las cortezas duras de ciertas especies tropicales, especialmente de la familia de las palmáceas. El más importante es el coco, que ya era usado en tiempos prehispánicos para la confección de vasos en los que consumir chocolate. Estamos ante las famosas jícaras o cocos chocolateros. No obstante, los cocos tuvieron otros muchos usos, y, a mayor abundamiento, Ana de la Cerda y Luzón empleaba su coco como recipiente de agua perfumada para el servicio del brasero⁷³. Incluso nos han llegado cocos completamente cerrados con sus puertas y herrajes de plata, que se emplearon como alcancías y se llamaron popularmente «cochinitos»⁷⁴.

El procedimiento de fabricación comenzaba con la recolección de los cocos más regulares que, a continuación, se pulían y grababan a buril o se lacaban con colores según los procedimientos arriba descritos. Finalmente se engastaban en plata dotándolos por lo general de pies, asas y boca. La enorme difusión que obtuvieron estos cocos se ha constatado en multitud de ocasiones, siendo significativo que ya en el siglo XVI se hayan encontrado algunos ejemplares en ciudades tan alejadas de las rutas americanas como León o Valladolid⁷⁵. Ni que decir tiene que, en otras geografías más afines a la Carrera de Indias, como podría ser el caso de Sevilla, los cocos fueron mucho más numerosos⁷⁶.

En lo que respecta a sus poseedores, hay que señalar que los cocos fueron un bien de amplio espectro, aunque, claro está, cuanto más alta era la cuna del propietario, más suntuosos eran. Su integración dentro de los ajuares domésticos se hace patente en las dotes aportadas por algunas damas al matrimonio. Entre ellas cabría referenciar por vía de ejemplo los seis cocos guarnecidos de plata que aparecen en la dote de Mariana Varáez y Moliner (1683) o los dos que llevaba María de Villalba, criada de la reina, junto a un chocolatero de cobre⁷⁷. No obstante, las partidas más abundantes aparecen siempre en poder de los personajes relacionados con la administración indiana. Quizá el caso más llamativo sea el del marqués de Melgar, yerno de un virrey novohispano, que a su muerte dejaba nada menos que 218 cocos de diferentes tonalidades —blancos, pardos, marrones y negros— y acabados —unos eran sencillos y otros estaban grabados con figuraciones de insectos, aves o perros—. En 1684 el mercader Santiago de Crucelaegui, quien participó en la Carrera de Indias y era hermano del gobernador de Filipinas, tenía en su casa sevillana un escaparate donde exponía doce jícaras de coco con tapaderas y guarnición de filigrana y otros seis sin tapaderas. En 1722, tras haber pasado veintiocho años como oidor en las audiencias de Santo Domingo, Quito y Santa Fe, regresaba a casa José de Laisequilla, que se convertía entonces en consejero de Indias. A su muerte, acaecida en 1755, también él tenía en las casas de su morada dos escaparates con un total de veintiún cocos de Indias engastados en lata, además de una Virgen de Chiquinquirá, recuerdo devoto de su paso por la Nueva Granada. Un dato adicional

viene de la mano de los Sánchez de Tagle, familia con varios de sus miembros dedicados al comercio, la administración y los asuntos eclesiásticos en México y Filipinas. Pues bien, en la casona familiar de Santillana del Mar tenían varios objetos americanos entre los que no faltaba un «coco con sus brazos y pies de plata»⁷⁸. Y así la lista podría seguir hasta la extenuación.

Solo apuntaremos algunos datos más acerca del origen de estos cocos. Aunque por regla general suelen clasificarse como novohispanos, sabemos que se elaboraron en todos los lugares de América donde crecían cocoteros. Así, el virrey don Martín de Mayorga, que venía desde México en 1783, poseía doce cocos de Guatemala⁷⁹. Caso similar es el del capitán Pedro de Medina, que también llegaba de México y traía seis jícaras guatemaltecas⁸⁰. Ya en el ámbito neogranadino es interesante la documentación generada por Jacinto de Orozco al pleitear por sus derechos como heredero de Rodrigo Cervellón, maestreescuela de la iglesia de Cartagena. El motivo de la disputa eran cuatro valiosas jícaras guarnecidas de esmeraldas que debían ser de factura local⁸¹. Menos ostentoso, pero de un gran valor histórico, es el coco que perteneció al virrey-arzobispo Antonio Caballero y Góngora, conservado en el Museo de América [fig. 36]. En una de sus caras fueron tallados los símbolos que aluden a su doble condición político-religiosa: por un lado, báculo, cruz, capelo y mitra; y, por el otro, bastón de mando, espada y bicornio. El nudo del pie, la base calada y la boca completamente enchapada son características que distinguen las producciones neogranadinas de las novohispanas⁸².

Ahora bien, no fue el coco la única semilla utilizada como recipiente en América. El mismo grado de popularidad alcanzaron las llamadas «calabazas», «totumas» o «tecomates», como indistintamente aparecen en la documentación⁸³. Se trata de un objeto que los pueblos prehispánicos habían empleado tradicionalmente como contenedor y, por lo general, alude al fruto vaciado de la *Crescentia cujete*, llamado popularmente «tecomate» en México y «morro» en El Salvador y Guatemala. Su llegada a España fue temprana, pues ya en el inventario de bienes de Felipe II, redactado entre 1598 y 1607, aparecen «tres bandejas de cascos de calabazas quebradas, pintadas de diversos colores, de siete dozavos de diámetro», tasadas en ocho reales cada una debido a su deterioro, así como tres más «sanas» que se valoraban en doce o catorce reales cada una⁸⁴.

En los inventarios sevillanos del siglo XVII es habitual encontrar recipientes hechos de calabaza en los apartados dedicados a la platería, lo que es indicativo de su suntuosa guarnición. En 1620 un rico capitán de la ciudad tenía un «calabazo de balsamo grande de tolú» y «seis calabacitos de balsamo y aceite de canime»; en 1670 un caballero veinticuatro poseía «doce cocos y jícaras de calabaza» para el consumo del chocolate; y, en otras ocasiones, aparecen puntuales



Fig. 36
Coco chocolatero,
Nueva Granada,
1782-89. Nuez
de coco engastada
en plata labrada,
11,8 x 6,7 cm. Madrid,
Museo de América,
2017/05/01

alusiones a «calabacillas tabaqueras» que se contraponen a los denominados «cocos tabaqueros», confirmando el carácter intercambiable de ambas semillas⁸⁵.

Respecto a los envíos documentados, sabemos que en 1693 la virreina novohispana envió al convento de capuchinas de Toledo una jícara grande «que es buena para sacar el ornamento a la iglesia», así como otras cuatro de menor tamaño⁸⁶. Aunque se emplee el término «jícara», en realidad se trataría de las calabazas que venimos comentando, pues de otro modo no se puede entender el uso que pretendían darle. Además, en el mismo envío consta la presencia de tecomates y cucharones para servir las gachas⁸⁷. Por su parte, la relación de objetos que Pedro Franco Dávila tenía en su casa de París en 1767 resulta mucho más detallada por su eminente carácter ilustrado. Entre ellos se hallaban «tres Tazas de los Indios del Perú, hechas de calabazas, de las que dos están pintadas y doradas», «cuatro Cucharas de madera y de calabaza» y «seis plaquitas de Calabaza pintadas y talladas en Perú, para hacer la encimera y la base de tres Tabaqueras»⁸⁸. Todos estos fondos fueron transferidos al Gabinete de Historia Natural de Madrid y se vieron incrementados con otras donaciones como la que hacía en 1793 la reina María Luisa de Parma, consistente en «Tres tazas, las dos bastante grandes y la restante mediana, pintadas todas de varios colores: son de calabaza y los indios las llaman Totumas»⁸⁹.

Fig. 37
Cuenco lavamanos,
Olinalá (Nueva
España), siglo XVIII.
Corteza de tecomate
policromada,
19 x 47 cm. Madrid,
Museo de América,
12194



Entre las calabazas laqueadas que se conservan en España bien merece la pena destacar las enviadas por las capuchinas de México al convento matriz de Toledo, pintadas en tonos verdes, y el cuenco lavamanos tipo *jicalpextle* del Museo de América [fig. 37]. Este último está decorado con la técnica propia de Olinalá y en su centro presenta una sirena rodeada por la siguiente declaración: «PARA LAS MANOS DE DN. JOSE. MARTINIZ. RIOS.»⁹⁰.

Finalmente, debemos llamar la atención sobre otras pequeñeces que debieron ser más habituales de lo que alcanzamos a documentar. Hablamos de los dijes de semillas del coyol, nahuatlismo que designa a un tipo de palmera de la península de Yucatán. Dichas semillas son globulares y menudas, por lo que se revelaron muy apropiadas para la fabricación de rosarios. De esta materia estaban hechos los rosarios que la marquesa de Villamanrique intentaba traer a España en 1580, siendo la noticia más temprana que tenemos sobre esta industria⁹¹. Una de las cualidades que debieron apreciar las damas de la época debió ser su agradable olor, pues no en vano el aceite de esta planta se sigue usando hoy para la fabricación de jabones. Menudean las noticias sobre estos objetos, como el «rosario de coyoles negros de quantas gordas» detectado en poder de la ermita de San Onofre en Sevilla⁹² o el rosario de coyol con cruz de aljófares que recibía Manuela Yrureun en Madrid⁹³. La partida más numerosa de ellos es la que cargaba Andrés García de Palacios, mercader en la Puerta de Guadalajara de Madrid, en la flota de 1625, ya que se componía de veinte docenas de rosarios hechos de frutillas de Oaxaca y nueve rosarios menudos⁹⁴. Por último, cabe apuntar que aún se conserva un rosario de coyoles en el joyero de la Virgen del Rosario de La Guancha (Tenerife)⁹⁵.

Pasamos ahora al segundo punto de nuestro interés, los denominados «barros» o «búcaros de Indias», que constituyen otro ítem fundamental dentro de la renovación del menaje doméstico. En 1726 la Real Academia Española definía estas piezas como vasos «de barro fino, y oloroso, en que se echa el agua para beber, y cobra un sabor agradable y fragante. Los hai de diferentes hechuras y tamaños. Vienen de Indias, y son mui estimados y preciosos»⁹⁶. En efecto, los fines fundamentales de esta cerámica eran refrescar y perfumar el agua, pero también se puso de moda entre las damas romperlos e ingerir pequeños trocitos a modo de golosinas. Al agradable sabor que encontraban en ellos se sumaban otros beneficios: servía como antídoto contra el veneno, endurecía el abdomen, cortaba las hemorragias —incluida la menstruación— y mantenía la palidez de la cara⁹⁷. La costumbre de comer búcaros, bautizada por Natacha Seseña como «bucaro-fagia», estuvo muy arraigada entre la aristocracia, como podemos comprobar en los escritos de Lope de Vega, Francisco de Quevedo, Luis de Góngora y Juan de Zabaleta, así como en los relatos de viajeros extranjeros que observaron esta costumbre entre extrañados y divertidos⁹⁸. Este carácter de chuchería se pone de manifiesto durante los autos seguidos contra Domingo Grillo, poderoso banquero italiano establecido en Madrid a cuyo cargo estaba el monopolio de introducir esclavos negros en las Indias. En 1668 sus bienes eran embargados, y, entre ellos, un rico escritorio donde guardaba barros de Chile entre multitud de pastillas de chocolate y dulces, lo que vuelve a relacionar estas piezas con el mundo de las golosinas⁹⁹.

Todo este universo de los barros americanos queda muy bien ilustrado en una serie de bodegones españoles del siglo XVII¹⁰⁰, siendo el más completo de todos el que pintó Antonio de Pereda (1611-1678) en 1652 [fig. 38]. Esta pintura retrata todos los utensilios que se empleaban en la ceremonia de tomar el chocolate. Sobre la mesa encontramos varias cajas de dicho producto en estado sólido, una chocolatera de cobre para calentarlo y el molinillo para espumarlo. A la hora de servirlo se podía optar por las jícaras de porcelana oriental presentes en la esquina inferior izquierda o por

Fig. 38
Antonio de Pereda,
*Naturaleza muerta
con cofre de ébano*,
1652. Óleo sobre
lienzo, 80 x 94 cm.
San Petersburgo,
Museo Estatal
del Hermitage,
GE-327



los recipientes novohispanos que hay sobre el mueble (dos búcaros de intenso color rojizo y dos jícaras hechas con calabazas, una laqueada y otra engastada en plata). Desde el cajón cae una colorida servilleta también de factura americana. Por último, completan la composición una jarra de talavera para servir el agua fría, una piedra de azúcar y varios bizcochos para el acompañamiento¹⁰¹.

Igual de interesante es el *Bodegón con sirviente* de la Casa Ducal de Medinaceli, pintado por Giuseppe Recco (1634-1695), con una intervención puntual de Luca Giordano (1634-1705) en la figura del criado. Este cuadro fue adquirido por el IX conde de Santisteban del Puerto a su paso por el virreinato de Nápoles (1688-96) y muestra piezas de lo más escogido: cristalería veneciana, mayólica de Urbino y Deruta, porcelana turca tipo *iznik*, metalistería, cerámica clásica griega y, entre todo ello, varios búcaros novohispanos y un coco chocolatero¹⁰².

Por sus propiedades olfativas estos barros americanos vinieron a eclipsar a los peninsulares, incluyendo los fabricados en Portugal (de la Maya y Estremoz), de gran renombre desde época medieval. Según recogió el escritor y diplomático Lorenzo Magalotti en sus cartas (1695), los máximos exponentes de esta industria fueron Nueva España (Tonalá y Guadalajara), Panamá (Natá) y Chile. Lo normal es encontrar referencias a cerámicas de una u otra procedencia, pero a veces encontramos colecciones bastante surtidas, como la de Fernando de Valenzuela, el otrora poderoso valido de doña Mariana de Austria. En 1677 Valenzuela poseía unos 64 barros de Guadalajara, Chile y Natá cuyo valor oscilaba entre veinticuatro y cuatrocientos reales de plata según

sus tamaños, hechuras y decoraciones. Más rica aún fue la colección atesorada por la IX condesa de Oñate, Catalina Vélez Ladrón de Guevara. Su inventario de bienes *post mortem* (1685) nos da cuenta de cientos de vasijas, algunas con especificación de su forma y color. Estas piezas, junto a otras incorporadas por sus descendientes, fueron legadas en 1884 al Museo Arqueológico Nacional, pasando posteriormente al Museo de América. Por citar solo un ejemplo, pongamos nuestra atención en una de las piezas que estaban guarnecidas con plata, una entre muchas, que es descrita como un «barro de chile con pie, assas, rossas, claveles y tapador de feligrana de plata»¹⁰³. Equiparable en calidad y variedad fue la colección de María Luisa de Toledo, quién cedió como dote a su hija al menos 374 barros de Guadalajara (1696). Entre ellos consta que había «castañas»



Fig. 39
Tibor, Natá (Panamá),
antes de 1665.
Barro con engastes
de plata repujada
añadidos por Johann
Schlatter en 1747,
115 x 70,8 cm. Viena,
Kunsthistorisches
Museum Wien,
Kunstskammer, 2419



Fig. 40
Centro de mesa-
perfumador,
procedente del
convento de Santa
Clara de Santiago de
Chile, primera mitad
del siglo XVIII.
Cerámica policromada,
30 x 29,5 cm. Madrid
Museo de América,
12925

y «huevos», es decir, pequeñas vasijas donde las damas guardaban un pañuelo húmedo y aromatizado para refrescarse durante el verano¹⁰⁴.

Los barros novohispanos se caracterizaban por ser los más olorosos y, por tanto, constituían un buen regalo con el que agasajar a amigos y familiares. Así, el virrey don Gaspar de la Cerda mandaba en 1693 sendos cajones con barros tanto a su hermano, el duque del Infantado, como a su esposa, la condesa de Galve¹⁰⁵. La costumbre se mantenía un siglo después y en 1783 el virrey don Martín de Mayorga navegaba hacia la Península acarreado un cajón repleto de «Barros de Guadalajara para la señora virreina y señorita su hija»¹⁰⁶. Se sabe que estos búcaros perdían parte de sus fragancias después de cruzar el Atlántico y que en el Monasterio de las Descalzas Reales de Madrid estaban especializadas en restaurar sus cualidades¹⁰⁷.

Pero más allá de los búcaros para beber agua, los talleres novohispanos destacaron en la fabricación de los conocidos «tibores de Tonalá», otra versión americana de productos asiáticos. Gracias a los escritos de Magalotti sabemos que estas coloridas piezas que él llamó «*arcibuccheri*» (vasijas gigantes) habían llegado incluso hasta la corte florentina de Cosme III. Una de las noticias documentales acerca de estos tibores la encontramos en las capitulaciones matrimoniales de la marquesa de Quintana (1712), donde se apuntaban «Seis tinajas grandes de barro de Indias de Guadalajara, en mil y doscientos reales cada una»¹⁰⁸. Por otra parte, también se realizó en barro multitud de objetos, como figuras exentas de animales y curiosos recipientes en cuyo interior se fingían «riscos, máscaras, ranas, lagartijas, serpientes y otros animalillos»¹⁰⁹. Se trataba de piezas hechas bajo la influencia de las cerámicas manieristas de Bernard Palissy (1510-1590), siendo las únicas conservadas las que se encuentran en la Hispanic Society¹¹⁰.

En lo que respecta a los barros de Natá, estos suelen describirse como de color negro o encarnado, algo que no ayuda demasiado a identificarlos, puesto que ambas tonalidades abundan en los engobes de todos los centros manufactureros. Actualmente las únicas piezas documentadas como procedentes de Panamá son los dos tibores del Kunsthistorisches Museum de Viena, llegados durante el reinado de Felipe IV¹¹¹ [fig. 39]. En 1747 estas grandes vasijas fueron aderezadas por parte del platero Johann Schlatter, ilustrando así la afirmación de Magalotti sobre que los búcaros de Natá se montaban en oro o plata para crear un bello contraste entre ambos materiales¹¹². Llama la atención la decoración a base de mascarones de inspiración prehispánica con ojos incrustados de material brillante. Recientemente Andrés Gutiérrez Usillos ha propuesto la identificación de dos nuevos tibores de Natá, relacionando la inscripción de uno de ellos con Juan Pérez de Guzmán, presidente de la Audiencia de Panamá¹¹³.

Por su parte, los barros chilenos fueron producidos en el convento de las clarisas de Santiago, siendo objeto de una intensa exportación. Por un registro de aduanas de 1779 sabemos que

zarpaban desde el puerto de Valparaíso¹¹⁴, mientras que otro apunte documental nos indica que luego se vendían en la Plaza Mayor de Madrid¹¹⁵. Durante el siglo xvii tenemos abundantes noticias de barros chilenos en ajuares femeninos, como el de Mariana Váræz y Moliner (1683), que diferenciaba entre «barros de las Indias» y barros «del Chile»¹¹⁶. Pero, sin duda, la noticia más repetida es la que tiene como protagonista a la reina María Luisa de Orleans, quien, tras haber ingerido barro de Chile, algo que hacía con frecuencia, falleció el 12 de febrero de 1689 aquejada de un fuerte dolor en el vientre, vómitos y diarrea.

Ya durante el siglo xviii los barros chilenos se caracterizaron por un fino modelado y una gran riqueza ornamental con gran cantidad de motivos dorados, algo que los hace muy reconocibles. Cabe destacar que entre 1777 y 1784 el naturalista francés Joseph Dombey se sumó a la Expedición Botánica del Perú y, a su vuelta, le llevó al rey Carlos III un conjunto de barros chilenos que hoy se custodian en el Museo de América. Esta colección presenta una gran diversidad tipológica y va desde cajitas en miniatura —de esas que se exponían en los escaparates de las casas pudientes— hasta un llamativo centro de mesa con figuraciones de sirenas y centauros que probablemente se usó como salero o perfumador¹¹⁷ [fig. 40].

Para finalizar este repaso por los barros americanos se impone la necesidad de hacer una prevención, pues, además de los principales focos ya analizados, existieron otros menores que también lanzaron sus productos al mercado peninsular, habiéndose detectado piezas que proceden de Guaracha (Michoacán) y Cuautitlán (Estado de México)¹¹⁸. Además, también llegó otro tipo de cerámicas fuera del ámbito de los barros olorosos, tal y como podemos constatar a través de cierto envío que hicieron las capuchinas de México a sus correligionarias de Toledo en 1764. Dicho envío consistía en un jarro con su plato para que las monjas tomaran el lavatorio y lo interesante es que se había fabricado en Puebla de los Ángeles. Es decir, que sería una de esas típicas cerámicas azules y blancas que hoy conocemos con el nombre de «talavera poblana». Asimismo, el virrey don Martín de Mayorga traía en 1783 «una tazita y platillo de talavera para café»¹¹⁹.

Vistiendo el mestizaje

Los trabajos textiles a la indiana se introdujeron con una cierta naturalidad en las casas y los guardarrropas españoles. Así, comenzaron a llegar prendas tejidas con plumas, al modo de las que habían utilizado los aztecas para evidenciar su estatus social. En 1562 un alto funcionario poseía un «aventador», es decir, un abanico, y un terno «como fecho de mano de indios, de pluma»¹²⁰. Piezas de cronología más avanzada son las que recibió como dote Petronila de Silva (1696), confirmando así la vigencia en el tiempo de estos exóticos textiles. Las prendas en cuestión eran «una telliza de cama de chamelote de Plata verde quaxada de pluma de colores» y «Una Mantilla de Pluma de diferentes colores forrada en tafetán azul»¹²¹. Igual de sintomático resulta observar la irrupción de huipiles mexicanos en los ajuares de ciertas damas relacionadas con la Carrera de Indias. Esta prenda de origen prehispánico se mantuvo en uso durante el período virreinal, adaptándose, eso sí, al gusto europeo, pues se le incorporaron ricas telas de hilos metálicos y abundantes encajes. Así, la que fuera hija del virrey marqués de Mancera, María Luisa de Toledo, poseía «dos guipiles para echarse sobre los hombros, el uno texido de seda de platta con diferentes colores» y «el otro de algodón y seda floxa»¹²². Una trasposición de este mismo gusto por lo exótico la encontramos en otra hija de virrey, en este caso



Fig. 41
Unku, Perú,
siglo XVIII. Fibra
de camélido tejida.
Tudanca (Cantabria),
Casona

Juana Díez Aux de Armendáriz, quien aportó como dote a su matrimonio en 1645 «un Guipil de color de chocolate bordado con las armas de México y cuajado el campo con sedas de matices y formado con plata y oro», tasado en 3600 reales, y «un Guipil verde de punto de media tejido con flores de oro y plata», valorado en otros mil reales¹²³.

Mas no todo fueron prendas indígenas en los ajuares del tornaviaje. También gozaron de alta estima otras labores textiles que empleaban materiales autóctonos o que estaban trabajados con gran vistosidad. Un elocuente testimonio lo encontramos en la correspondencia intercambiada entre un zapatero vallisoletano y su cuñado residente en Nueva España (1534). En ella se da cuenta del apremio que mostraba el primero para conseguir un juego de colgaduras de cama. La insistencia fue tal que el pariente decidió no esperar a que estuviera acabado el conjunto que ya había encargado y compró otro de segunda mano. Lo describe así: «Es razonable, blanca, con cinco listas de colores de *tuchimil* cada pieza y por mejor decir es una pierna blanca y otra de *tuchimil* y son cinco paños y el cielo tiene sus aguas de *tuchimil* todo alrededor»¹²⁴. Conviene aclarar que el vocablo náhuatl *tochomitl* significa «pelo de conejo».

Mucho más habitual fue el envío de vistosas servilletas de colores que se usaban durante la ingesta del chocolate, de las que tenemos innumerables testimonios. Valgan como ejemplo los paños de seda de Oaxaca para chocolate que se enviaban en 1625 para su venta en la capital¹²⁵. Desde Campeche también llegaron tejidos que regaron la geografía española: en Huelva encontramos una «almohada y cuxinico labrados en hilo de Canpeche» (1616)¹²⁶, en Sevilla «una toalla de Campeche» (1660)¹²⁷ y en Cádiz «una colcha y rodapiés de Canpeche de algodón, azul y blanca» (1665)¹²⁸. Más significativa es la carta de sor Lorenza Bernarda, monja capuchina que enviaba a Toledo diversos géneros de Campeche «para que vea mi madre [priora] las cosas de por acá»¹²⁹. Más insólito, en cambio, es encontrar alusiones a textiles procedentes de Nuevo México, caso de unas grandes alfombras bordadas con flores y escenas de montería¹³⁰.

Respecto al territorio peruano, el textil más destacado fue el *cumbi*. Durante el incanato se elaboraban dos tipos de tela, una de factura burda para el pueblo llano, llamada *abasca*, y otra más fina para las élites, el *cumbi*. Esta última era confeccionada con fibras camelotadas nativas —de llama, vicuña y alpaca— y siguió produciéndose bajo dominio español al adaptarse a los nuevos diseños decorativos¹³¹. En Sevilla se ha detectado una «sobremesa de cumbe de las Indias» (1600)¹³², aunque lo más habitual fueron los cobertores de *cumbi* encontrados en la misma ciudad y en Cádiz (1610, 1620, 1655 y 1670)¹³³. En el retrato de Constanza de Luxán, presente en esta



exposición, también puede verse una alfombra de este tipo [cat. 65]. Ahora bien, pocas son las piezas conservadas que trascienden la documentación. En Tudanca (Cantabria) encontramos un *unku* traído por Pascual Fernández de Linares, quien fuera gobernador del Callao¹³⁴ [fig. 41]. Presenta la típica organización de estas prendas con un friso en el borde exterior y otro en torno al orificio del cuello, y, aunque han desaparecido por completo los *tocapus* geométricos propios de la tradición prehispánica, encontramos otros motivos típicos del Perú virreinal, como son los portadores de canastas de las esquinas. No falta en el centro de cada vista el escudo heráldico del propietario, lo que termina por dotar al *unku* de un fuerte sabor mestizo.

Las otras dos piezas andinas que conservamos en España son tapices de grandes dimensiones. El primero, dado a conocer recientemente, está decorado con urnas y leones rampantes¹³⁵ [fig. 42]. Es casi idéntico a otro que fue expuesto en Nueva York en 2004, con la única diferencia de que aquel presentaba una mayor policromía¹³⁶. El segundo se encuentra en Las Palmas de Gran Canaria y mide casi ocho metros en su lado mayor. Fue encargado por Francisco de Mesa y Ponte, quien desempeñó varios cargos de importancia como los de corregidor de Huaylas o intendente de Puno. Fue nombrado I marqués de Casa Hermosa en 1776. De mano de sus descendientes pasó a la Hermandad del Rosario de Gran Canaria en 1865, y de ahí al templo catedralicio. El motivo central es, de nuevo, heráldico, y muestra las armas propias de los Mesa sobre una orla de trofeos militares y una cruz de Santiago. El conjunto va timbrado con la corona de marqués y un guerrero que blande su espada en alusión a un antepasado heroico de la familia. Alrededor se disponen exóticos motivos, como la papaya, en lo vegetal, o la vicuña, en lo animal. El friso, por su parte, está solucionado a base de recipientes colmados de maíz, granadas y peras¹³⁷.

Para finalizar, cabe añadir alguna nota más que exponga la gran diversidad de centros textiles americanos. Volvemos para ello al inventario de bienes del virrey don Martín de Mayorga, quien traía a España en 1783 varias piezas de tela entre las que abundaba la indianilla. No obstante, la partida más fascinante es la que se refiere a «Quatro colchas de Sutiaba»¹³⁸, un tipo de labor de algodón que era elaborada por la comunidad indígena de Subtiaba (Nicaragua) y que al parecer se caracterizaba por estar teñida con *jiquilite*, voz local que designa al arbusto del añil¹³⁹.

Coda

Hemos tratado de dar una visión lo más panorámica posible sobre las artes decorativas virreinales que llegaron a España entre los siglos XVI y XVIII. Como hemos tenido ocasión de comprobar, algunas de estas piezas eran grandes y costosas alhajas, mientras que otras eran solo minucias. Todas vinieron, eso sí, desde un territorio envuelto en el aura de la otredad. El catálogo trazado es amplio y muestra el aprecio que sintió la sociedad española por aquellas «curiosidades de Yndias» que enviaban los familiares emigrados o que simplemente se compraban a través del comercio ultramarino. Unas piezas se valoraban por el material o la técnica de elaboración, otras por el primor de la hechura o sus cualidades odoríferas. Pero más allá de la rica cultura material que demuestran estos objetos, lo que subyace, en el fondo, es el profundo intercambio cultural que tuvo lugar entre ambas orillas del Atlántico. En la encrucijada que fue América se dieron cita modelos españoles, manos y técnicas indígenas, motivos asiáticos, y, en fin, ingredientes de variada naturaleza que nos hablan de un arte eminentemente mestizo.

- 1 Finalmente, el envío de esta mercancía no se produjo. Dado que el mismo marqués había hecho traer desde Génova el mármol de su palacio en Villamanrique, es probable que el cargamento estuviera pensado para el convento que pensaba construir junto a él. Vicens Hualde 2020.
- 2 Heredia Moreno 2017, p. 44.
- 3 Cfr. Moleón Gavilanes 1999, pp. 324-25, 328-30, 408, 441, 695-97 y 702.
- 4 Heredia Moreno 2017, p. 49.
- 5 Covarrubias 1611, fol. 461r.
- 6 Urquizar Herrera 2011, p. 210.
- 7 Martín Morales 2016, p. 185.
- 8 Pérez Morera 2017a, p. 58.
- 9 Gutiérrez Usillos 2018b, p. 131.
- 10 Coddington 2007, p. 105.
- 11 Baena Zapatero 2015, p. 178.
- 12 Madrid, Museo de América, 00207. Arturo Aguilar vincula el encargo al propio virrey, mientras que Bruno de la Serna Nasser hace lo propio con Alonso González Villalba. En cualquier caso, ambos investigadores lo datan el mismo período. Cfr. Aguilar Ochoa 2017, p. 99; Serna Nasser 2017.
- 13 Madrid, Museo de América, 06538.
- 14 El estudio más reciente sobre esta obra en Mues Orts 2011, pp. 104-10.
- 15 Morales Folguera 2019.
- 16 Zabía de la Mata 2017, p. 208.
- 17 Ordóñez Goded 2016, pp. 313-14.
- 18 *Ibidem*, p. 314.
- 19 Baena Zapatero 2015, p. 183.
- 20 Ordóñez Goded 2016, p. 314.
- 21 En realidad, dichas obras eran propiedad de su hermano Francisco Manuel, avecindado en México, quien las había mandado a la casa familiar. Gómez Martínez 2007, pp. 311-12.
- 22 Aguiló 1990, p. 131.
- 23 Serrera 1983, pp. 449-50.
- 24 Aguiló 1990, p. 131.
- 25 Heredia Moreno 2017, p. 42.
- 26 Granada, Archivo-Museo San Juan de Dios, Ar. III, fol. 44r. *Libro de Actas del Convento Hospital de Cádiz* (11-2-1739). Agradecemos a Francisco Benítez Aguilar el conocimiento de este dato.
- 27 Pérez Morera 2017a, pp. 63-64.
- 28 Boston, Museum of Fine Arts, Henry H. and Zoe Oliver Sherman Fund, 2013.339.
- 29 Gutiérrez Usillos 2018b, p. 154.
- 30 Aguiló 1990, p. 132.
- 31 Pérez Morera 2017a, pp. 58-62.
- 32 Nos referimos a un tipo de muebles de marquetería que fueron producidos a finales del Renacimiento en el sur de la actual Alemania. Se caracterizaban por estar decorados con perspectivas fingidas. Los ejemplos más conocidos en España son las puertas del palacio de Felipe II en El Escorial.
- 33 Madrid, Museo Nacional de Artes Decorativas, CE03124.
- 34 Curiel 1994, pp. 166-67.
- 35 Gutiérrez Usillos 2019, pp. 12, 27, 30-31, 35-37.
- 36 Sevilla, Archivo General de Indias [en adelante AGI], Contratación, 5688, N. 1, fols. 15v-18v. *Autos sobre los bienes del Mariscal de Campo don Martín de Mayorga, virrey de Nueva España, difunto a bordo de regreso a España*, 1783.
- 37 Gutiérrez Usillos 2018b, p. 131.
- 38 *Ibidem*, p. 132.
- 39 Para un ajuar similar en tierras novohispanas, véase Curiel 2000, pp. 73, 81 y 84.
- 40 Pérez Morera 2017a, p. 60.
- 41 Heredia Moreno 2017, p. 47.
- 42 Quiles García 2006, p. 225.
- 43 Alba González 1998, pp. 561-63.
- 44 Sin que sepamos si proceden de templos o de ajuares domésticos, pues en realidad no hay diferencia formal entre ellas, un buen lote de estas arcas de carey se puede encontrar en la Colección Francisco Marcos. Cfr. Campo San José 2018, pp. 194-205 y 284.
- 45 Andrés Ordax 1992, pp. 196-97.
- 46 Sanz Serrano 1995, pp. 152-53.
- 47 Además poseía doce cucharas de concha con sus cabos de plata; Pérez Morera 2017a, p. 63.
- 48 Campo San José 2018, pp. 208-9.
- 49 Madrid, Museo de América, 2000/05/07.
- 50 Pérez Morera 2017a, p. 61.
- 51 Madrid, Museo Nacional de Artes Decorativas, CE12510.
- 52 Pérez Morera 2017a, p. 62.
- 53 Quiles García 2006, p. 236.
- 54 *Ibidem*.
- 55 Aguiló 2009, p. 27.
- 56 Madrid, Museo Nacional de Artes Decorativas, CE04099.
- 57 Pérez Morera 2017a, p. 56.
- 58 Baena Zapatero 2015, p. 183; Martín Morales 2016, pp. 169 y 200.
- 59 Albert de León, Esparza Liberal y Rodríguez Tembleque 1993.
- 60 Heredia Moreno 2017, p. 47.
- 61 Escobar 1924, p. 148.
- 62 Sobre el empleo de estos temas de la literatura clásica cfr. García Sáiz y Pérez Carrillo 1986.
- 63 Madrid, Museo de América, 06917.
- 64 Sobre este conjunto, véase Zabía de la Mata 2018.
- 65 Alba González 1998, pp. 581-84.
- 66 Pérez Morera 2017a, p. 54.
- 67 Sobre esta técnica, véase López Pérez 2010.
- 68 Velasco 1841-44, III (1842), p. 33.
- 69 Santa Gertrudis 1956, II, pp. 76-77.
- 70 Por ejemplo, Campo San José 2018, pp. 266-83.
- 71 Coddington 2007, pp. 108-9. Véase también Creixell Cabeza 2014.
- 72 AGI, Contratación, 5688, N. 1, fols. 11r y 16r. *Autos sobre los bienes del Mariscal de Campo don Martín de Mayorga, virrey de Nueva España, difunto a bordo de regreso a España*, 1783. En el terreno eclesiástico sí hemos conservado obras como el copón de Santo Domingo de la Calzada, completamente revestido de placas de nácar.
- 73 Rojo Vega 2007, p. 96.
- 74 Véase el ejemplar del Museo de América datado en 1784 (inv. 12729).
- 75 En estos enclaves es realmente difícil encontrar otros objetos manufacturados en Indias. Viforcós 2014, p. 165.
- 76 Martín Morales 2016, p. 225.
- 77 Gutiérrez Usillos 2018b, p. 169.
- 78 Gómez Martínez 2007, p. 309.
- 79 AGI, Contratación, 5688, N. 1, fol. 10v. *Autos sobre los bienes del Mariscal de Campo don Martín de Mayorga*,

- virrey de Nueva España, difunto a bordo de regreso a España, 1783.
- 80 Quiles García 2016, p. 211.
- 81 AGI, Escribanía, 1027A. *Pleito de Jacinto de Orozco contra Francisco de la Riva y Pedro de Estrada sobre los bienes dejados por Rodrigo Cervellón*, 1653.
- 82 En relieve se lee «Yll. EX. Sr. / ARZ. V.», lo que se ha interpretado como «Ilustrísimo y excelentísimo señor arzobispo virrey». Cfr. Gutiérrez Usillos 2018a, pp. 419-22.
- 83 Incluso los encontramos como «cocos-calabazas» en el inventario de los marqueses de Melgar. Cfr. Gutiérrez Usillos 2018b, p. 169.
- 84 Ordóñez Goded 2016, p. 309.
- 85 Martín Morales 2016, pp. 219-20 y 225.
- 86 Alba González 1998, p. 570.
- 87 *Ibidem*.
- 88 Cabello Carro 1989, p. 56.
- 89 *Ibidem*, p. 89.
- 90 Gutiérrez Usillos 2018a, pp. 425-26.
- 91 Vicens Hualde 2020.
- 92 Quiles García 2014, p. 158.
- 93 Quiles García 2006, p. 225.
- 94 Heredia Moreno 2017, p. 42.
- 95 Arbeteta 2020, p. 429.
- 96 *Diccionario de autoridades* 1726-39, I (1726), p. 694.
- 97 Seseña 1991, p. 46.
- 98 Seseña 2009, p. 9.
- 99 Rovira y Gaitán 2010, pp. 66-69.
- 100 Sobre la presencia de búcaros en los bodegones españoles, véase García Sáiz y Barrio Moya 1987; Pleguezuelo 2000.
- 101 Gutiérrez Usillos 2018b, pp. 162-63.
- 102 Se ha planteado la posibilidad de que el cuadro en realidad represente la colección de los condes de Oñate, ya que estos fueron virreyes de Nápoles y allí fue pintado por Recco en 1679, aunque veinte años después de que abandonaran el cargo. Cfr. García Sáiz y Barrio Moya 1987, p. 105.
- 103 *Ibidem*, pp. 105 y 110.
- 104 Gutiérrez Usillos 2018b, pp. 142-44. También la marquesa de San Jorge tenía seis castañas de barro guarnecidas con filigrana de plata, cuatro sin guarnición, una de cristal con filigrana y dos de vidrio de Venecia. Cfr. Curiel 2000, pp. 81 y 100.
- 105 Toledo, Archivo Histórico de la Nobleza, Osuna, CT.56, D. 119. *Memoria de regalos remitidos por don Gaspar de la Cerda, virrey de Nueva España, a su hermano Gregorio de Silva Mendoza y varios cortesanos*, 1693.
- 106 AGI, Contratación, 5688, N. 1, fol. 16r. *Autos sobre los bienes del Mariscal de Campo don Martín de Mayorga, virrey de Nueva España, difunto a bordo de regreso a España*, 1783.
- 107 Codding 2017b.
- 108 Gutiérrez Usillos 2018b, p. 140.
- 109 Pleguezuelo 2000, p. 134.
- 110 Codding 2007, p. 103.
- 111 Gutiérrez Usillos 2018b, p. 147, nota 259. Es posible que estos tibores salieran de España en 1666 como parte del ajuar de la infanta Margarita de Austria, que se casó con su tío el emperador Leopoldo I. Consta que en dicho ajuar fueron varias piezas americanas. Cfr. Sigaut y García Sáiz 2017, pp. 19-20.
- 112 Magalotti 1943, pp. 138-44.
- 113 Sus características serían un cuerpo globular, el cuello troncocónico invertido mucho más desarrollado y la decoración a base de relieves. Gutiérrez Usillos 2018a, pp. 449-52.
- 114 Pereira Salas 1965, p. 308.
- 115 Seseña 2009, p. 19.
- 116 Gutiérrez Usillos 2018b, p. 140.
- 117 *Ibidem*, pp. 410-11 y 467-68.
- 118 *Ibidem*, pp. 148-49. En el caso de la cerámica de Cuautitlán, ya Vetancurt afirmaba que las mujeres del lugar se ocupaban en «hacer tinajas y barros de distintas formas, muy finos y olorosos, que pueden competir con los de Portugal, y el barro de extremos [Estremoz], de que se hace estimacion en los reinos de España»; Vetancurt [1698] 1870-71, III (1871), p. 189.
- 119 AGI, Contratación, 5688, N. 1, fol. 10v. *Autos sobre los bienes del Mariscal de Campo don Martín de Mayorga, virrey de Nueva España, difunto a bordo de regreso a España*, 1783.
- 120 Martínez Martínez 2014, pp. 180-81.
- 121 Gutiérrez Usillos 2018b, p. 126.
- 122 *Ibidem*, p. 128.
- 123 Montes González 2016a, p. 230.
- 124 Martínez Martínez 2014, p. 178. En otro lugar de la misma carta también se da cuenta del envío de «vna manta leonada con rruedas de pelo de conejo e siete mantas blancas e otra manta con papagayos, de pelo de conejo».
- 125 Heredia Moreno 2017, p. 42.
- 126 Morala 2014, p. 258.
- 127 Martín Morales 2016, pp. 54 y 72.
- 128 Morala 2014, p. 258.
- 129 Alba González 1998, p. 568.
- 130 Gutiérrez Usillos 2018b, p. 122.
- 131 Blum 2007, p. 151.
- 132 Martín Morales 2016, p. 69.
- 133 Morala 2014, p. 262.
- 134 Otro testigo de su paso por el virreinato peruano es la capilla que mandó levantar en Tudanca, dedicada a la Virgen de Cocharcas. Polo Sánchez y Cofiño Fernández 2007, pp. 270-71.
- 135 Campo San José 2018, pp. 74-75.
- 136 Phipps, Hecht y Esteras Martín 2004, pp. 235-37. Agradecemos a Maya Stanfield-Mazzi sus comentarios sobre esta obra.
- 137 Hernández Socorro 2000, pp. 194-96.
- 138 AGI, Contratación, 5688, N. 1, fol. 16r. *Autos sobre los bienes del Mariscal de Campo don Martín de Mayorga, virrey de Nueva España, difunto a bordo de regreso a España*, 1783.
- 139 Consta que en otras ocasiones los textiles eran mandados a otros poblados indígenas, como Quepo o Boruca en Costa Rica, donde eran teñidos con caracoles de tinte múrice. Otras noticias sobre este particular en Solórzano Fonseca 1994, pp. 36, 39, 45-46 y 59.